

primero es el de los príncipes mundanos, que ponen su grandeza en mandar con imperio y tiranía y en tener los súbditos debajo de sus pies, y de él han de huir, poniendo su grandeza en servir á todos. El segundo es el de su vida, porque Yo, dice, con ser vuestro Maestro, vine al mundo, no á ser servido, sino á servir y á ser el postrero de todos, como siervo; y este es el ejemplo que han de seguir, como discípulos á su Maestro. ¡Oh dulcísimo Maestro! He oído la soberana lección que me habéis leído; no quiero, de hoy más, aprender de los ejemplos del mundo, que son para mi condenación, sino de los vuestros, que son para mi salvación y perfección. Y pues por vuestra gracia me habéis traído á vuestra escuela, ayudadme á poner en práctica esta lección, para gloria de vuestro santo nombre. ¿Cómo reprimimos nosotros los movimientos de la ambición? ¿Deseamos imitar á los mundanos soberbios, ó á Jesús humilde?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán diferentes son los pensamientos y juicios de Dios, de los pensamientos y juicios de los hombres! Santiago y Juan, como hombres, sólo buscan lo que anhela su amor propio: el primer lugar, el figurar sobre todos los demás; Jesucristo, verdadero Dios, sólo se acuerda de humillaciones y padecimientos y sumisión absoluta. Ellos le piden los primeros asientos en su reino; Él les ofrece su amarguísimo cáliz con todas las privaciones, sacrificios y penalidades que en él se encierran. Con todo, esto es lo verdaderamente importante, y este es el único camino para subir á ocupar los asientos primeros en el cielo. ¡Dichosos los Apóstoles á quienes el Señor lo da á beber! ¿Te ha ofrecido alguna vez el Señor este cáliz? Actualmente, ¿te concede alguna participación de él? ¿Cómo respondes al ofrecimiento de Jesucristo? Mira cómo los Apóstoles, confiados en los auxilios del Señor, contestan con decisión y buena voluntad: «Podemos». ¿Respondes tú lo mismo cuando Dios te brinda con el cáliz de alguna enfermedad, humillación, calumnia ú otro mal temporal? Posible es que, apartando los ojos del Señor que te conforta, y fijándolos en tu miseria, digas: «No puedo sufrir este dolor». Posible es que, como los diez Apóstoles, mirando con disgusto la humillación y desvío que sufres, fijes tus ojos envidiosos en los que son preferidos y gozan del mundo, y te indignes contra ellos. Posible es que en tu proceder imites más ordinariamente el dominio despótico y arbitrario de los mundanos, que la potestad humilde y afable de Jesucristo. Pues, ¿qué has de hacer? ¿Qué debes corregir? Si te hubieses de presentar ante el tribunal de Jesús, ¿no podría echarte en cara ninguna falta contra sus divinas enseñanzas? Jesús quiere discípulos humildes y que escojan el último lugar, y tú suspiras por el primero. Piensa bien todo esto, y, convencido de la necesidad de reformarte, haz firmes y prácticos propósitos, ora con fervientes coloquios, rogando por ti y por todo el mundo.

87.—SANTIDAD DE LÁZARO EL POBRE.

PRELUDIO 1.º Lázaro, el mendigo, después de una vida llena de sufrimientos, tuvo una muerte santa, y fué su alma llevada por los ángeles al seno de Abraham.

PRELUDIO 2.º Representate á Lázaro cubierto de llagas y tendido á la puerta del palacio del rico Epulón.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de imitar la paciencia de Lázaro.

Punto 1.º Paciencia de Lázaro.—Considera los males gravísimos que padeció Lázaro, y el modo admirable cómo los sufrió. Primeramente, se señaló en padecer graves dolores de llagas, estando cubierto de ellas de pies á cabeza¹, como Job², sin poderse menear de una parte á otra, estando tendido á la puerta del rico Epulón, sufriendo esto con gran resignación y conformidad con la voluntad de Dios, sin rencor ni murmuración ó queja. En segundo lugar, padeció extremada pobreza, mendiguez y hambre; la cual llevaba con tanto silencio, que no se dice de él que pidiese limosna con palabras, sino con la manifestación de sus llagas. Además, padeció sumo desamparo y desprecio de los hombres, porque, siendo tanta su hambre, que quisiera hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, no había quien se las diese, y no por esto se quejaba de la crueldad del rico, ni de sus criados. Por último; á tal extremo llegó su miseria, que los perros venían á lamerle las llagas, por cebarse en su podre, y él estaba tan tullido, que ni los podía echar de sí, ni había quien se los desviase. Pondera sobre esto cómo la paciencia perfecta abraza toda suerte de trabajos³: los que vienen de la naturaleza, como enfermedades; los que de la malicia de los hombres, como robos; los que de los irracionales, como fieras, etc., y los que se originan de causas naturales, como fríos; y todos los acepta y tolera por imitar á Jesucristo. De este modo Lázaro vino á subir á tal grado de santidad, que el mismo Salvador quiso hacerse cronista de su vida, y darla por dechado de perfección, y aun dibujar en ella su propia Pasión, en la cual estuvo lleno de llagas, con extremada pobreza, y con tanto desamparo, que, deseando una gota de agua en la cruz, no hubo quien se la diese, ni quien de Él se compadeciese. Con lo cual te enseña que el camino más breve y llano para la santidad está en abrazar todos los dolores, pobreza, desamparo y desprecios de los hombres, conformándote en todos, sin exceptuar uno, con la divina voluntad. ¿Procedes tú de este modo? ¿Te atreves á quejarte de tus trabajos y dolores? ¿No los sufrirás con paciencia? ¡Oh Jesús llagado, pobre y desamparado! Dadme gracia para imitar vuestra santa paciencia y la de este pobre mendigo, conformando mi voluntad con la

¹ Luc., xvi, 20. — ² Job, ii, 8. — ³ Jacob., i, 4.

vuestra en mis trabajos; pues para este fin me ponéis delante tales ejemplos.

Punto 2.º *Muerte dichosa de Lázaro.*—Aquí has de considerar la muerte gloriosa de Lázaro, del cual dice Cristo nuestro Señor ¹, que, «en muriendo, los ángeles le llevaron al seno de Abraham». Con ella dió fin á todos sus dolores, pobreza y desamparos temporales, y principio á sus descansos, riquezas y honras eternas. Es verdad que su muerte, cuanto al cuerpo, fué vil y despreciada á los ojos del mundo; pero cuanto al alma, fué preciosa á los ojos de Dios ²; el cual envió sus ángeles para que la llevasen al seno de Abraham á descansar con los justos. Y aunque para esto bastaba el Ángel de su guarda, quiso que viniesen muchos ángeles, y como un ejército de ellos, para honrarla y acompañarla. ¡Oh qué contenta saldría aquella alma de su cuerpo! ¡Oh qué gozosa iría con tan ilustre compañía! ¡Oh qué de parabienes la darían de su victoria los santos ángeles, y cuán corridos quedarían los demonios! Pondera luego la gloria de que goza ahora el ánima de este mendigo en el cielo, adonde fué trasladada del limbo, y la que gozará su cuerpo en la resurrección. Por las llagas, recibe ahora goces inmensos; por la pobreza, riquezas eternas; por la desnudez, vestidura de gloria; por el hambre, hartura sempiterna; por el desamparo y desprecio de los hombres, amparo y honra de Dios y de sus ángeles. ¡Oh por cuán bien empleados da los trabajos padecidos en esta vida! Ahora le parece poco y momentáneo lo mucho que padeció, comparado con lo mucho y eterno ³ que le han dado. ¡Oh Dios de bondad! Verdaderamente veo ahora que es preciosa la muerte de vuestros santos, aunque hayan sido pobres, llagados y despreciados en el mundo. De las manos de hombres crueles caen en las del Padre más misericordioso; y cuanto más profundas echaron las raíces por medio de humillaciones y desprecios, más frondosos, lozanos y bellos suben en vuestra divina presencia. ¡Oh alma mía! Aliéntate á padecer en esta vida, pues tanto descanso te está esperando en la otra. ¿Crees firmemente estas verdades? Y ¿no te mueven á aceptar con alegría los trabajos, aunque sean como los de Lázaro?

Punto 3.º *Honra que Jesucristo tributó en esta vida á Lázaro.*—Considera la grande honra que Cristo nuestro Señor hizo en esta vida á este mendigo, especialmente en dos cosas. La primera fué en revelarnos su nombre, que estaba olvidado en el mundo, y quiso que quedase escrito en su Evangelio, para que todos tuviesen de él memoria, no dignándose de nombrar al rico Epulón, ni de tomar su nombre en la boca, para que los pobres y despreciados entiendan que no les tiene Dios olvidados, y que les conoce por sus nombres y tiene cuidado de ellos, y á su tiem-

¹ Luc., xvi, 22. — ² Psalm. cxv, 15. — ³ Rom., viii, 18.

po los publicará y honrará, y quiere que en su Iglesia sean honrados, como lo son san Pablo, primer ermitaño, san Francisco y otros, cuyos nombres estuvieran olvidados, si no hubieran sido santos. Y para que con esto perdamos el hipo de ser conocidos y nombrados en el mundo, y de que nuestro nombre y obras sean sabidos, dejando á Dios el cuidado de ello. La segunda fué en canonizarle Él mismo por santo, y revelar la gloria que le hicieron los ángeles en su muerte, para que todos le tengan por tal, y en su Iglesia le edifiquen templos y pongan imágenes, y si hubiera reliquias, las veneráramos con devoción. Y en especial hizo esto para que se entienda la excelencia de la paciencia en los trabajos y miserias, pues ella sola basta por testimonio de santidad, para canonizar por santo al paciente, porque quien se conforma con la voluntad de Dios en el padecer, más fácilmente se conformará en el obedecer; y, para ser santo insigne, basta obedecer á cuanto Dios manda, y padecer bien cuanto ordena ó permite. ¡Oh Dios eterno! Gracias os doy por la honra que hacéis á vuestros siervos, levantando al pobre Lázaro del estiércol, para colocarle con los príncipes de vuestro cielo. Concedme que imite su paciencia y obediencia, para que con ellos goce de vuestra gloria. ¡Oh alma mía! ¿No te admira la honra que, aun en este mundo, hace Dios á sus siervos? ¿Qué hará en el otro? ¿Por qué, pues, no le sirves con amor?

Epílogo y coloquios. ¡Dichoso mil veces el mendigo, Lázaro! Durante su vida padeció toda suerte de tormentos; las enfermedades más crueles le afligieron; los hombres le despreciaron; los mismos irracionales aumentaron su pena, y las inlemencias del tiempo vinieron á acrisolar su paciencia; mas su padecer fué breve, y su gozar será eterno. En su muerte se abrieron para él de par en par las puertas de la felicidad perdurable. Millares de ángeles toman su alma y la suben al seno de Abraham, y rescatada por Jesucristo, es colocada en trono glorioso. ¡Oh santo ilustre! Gozad en hora buena de los bienes que el Padre de las misericordias os ha concedido; adornaos con la vestidura de gloria, por las asquerosas llagas que os cubrieron; recibid los parabienes de los ángeles, por los desprecios de los hombres; disfrutad de ese mar de delicias, por el mar de miserias en que estuvisteis sumergido. ¿Á quién no animarán los premios de que goza este santo? Aun en este mundo recibe ya recompensa. Jesucristo ha sido su panegirista, ha revelado su nombre, ha manifestado su gloria, y ha querido que su virtud sirva de modelo á todos, y quede eternamente escrita en los fastos divinos. ¡Oh si le imitásemos en la paciencia! ¡Si recibiésemos como de la mano de Dios los trabajos, abrazándonos amorosamente con ellos cuando esta es la voluntad del Señor! ¿Cómo nos portamos? ¿Nos inquietamos cuando la enfermedad no cede á los remedios que se nos prescriben? ¿Nos preocupa demasiado el cuidado de las

cosas temporales? ¿Nos inquietan los desprecios de los hombres? Avergoncémonos de no saber sufrir lo que sufre este pobre mendigo; formemos eficaces propósitos de corregirnos, y roguemos al Señor nos dé su gracia para ponerlos en ejecución y se compadezca de todas las necesidades.

88.—DESVENTURA DEL EPULÓN.

PRELUDIO 1.º El Epulón, entregado á los placeres y regalos del cuerpo, murió desastrosamente, y su alma fué sepultada en el infierno.

PRELUDIO 2.º Representate á este desgraciado entre llamas profundas, clamando por una gota de agua.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de huir de los vicios de este infeliz.

Punto 1.º *Vicios del Epulón.*—Considera la miserable vida del Epulón, que fué en todo contraria á la del justo Lázaro, porque toda ella fué un continuo ejercicio de soberbia y avaricia, de regalo para consigo y dureza de corazón para con los otros. La soberbia y sensualidad mostró en el vestido, vistiéndose de púrpura por vanidad y de Holanda por regalo¹. Y también en la comida, haciendo banquetes espléndidos por jactancia, y de manjares delicados por glotonería, comiendo y bebiendo cada día hasta hartarse. La avaricia mostró usando de las riquezas para sí solo, teniendo gran dureza y crueldad con los pobres, sin tener misericordia de ellos ni darles limosna, ni aun de las migajas que se caían de su mesa; y sin compadecerse del llagado y hambriento que tenía á su puerta, siendo más cruel que sus mismos perros, y dando de comer á los perros, no lo daba á los pobres. De aquí procedía que los de su casa eran tales como él, aprendiendo del ejemplo de su señor, pues no hubo criado que tuviese piedad del pobre. Por estos pasos cayó en muchos y gravísimos pecados, bebiendo todo el espíritu del mundo maligno, fundado en las tres concupiscencias², de las cuales era víctima. Por lo cual fué sumamente despreciado de Cristo, y cuando contó su vida, no quiso nombrarle ni tomar su nombre en la boca, en señal de horror y desprecio, y de que no lo conocía ni aprobaba, y de que su nombre estaba borrado del libro de la vida, ni quería que hubiese memoria de él entre los hombres. Mira cuán contrarios son los juicios de Cristo y los del mundo. Lázaro, en los ojos del mundo era desdichado; en los de Cristo dichoso. Al contrario, Epulón en los ojos del mundo era dichoso, pero desdichado en los de Cristo, el cual fué humilde y áspero consigo y blando para con los otros, y tales quiere que sean sus siervos. ¡Oh dulce Jesús! Con todo mi corazón abomino la soberbia de la púrpura y la delicadeza de la Holanda, pues Vos estuvisteis vestido de

¹ Luc., xvi, 19. — ² I Joan., ii, 16.

púrpura por escarnio y desnudo en una cruz. No quiero banquetes ni regalos en la comida, pues Vos comíais pan de cebada y bebíais hiel y vinagre. No quiero que mi nombre sea pregonado en el mundo, porque no le borréis del libro de la vida ni os olvidéis de mí, echándome de vuestro santo reino. ¿No escarmentaremos nosotros en la cabeza de este rico? ¿Buscaremos regalos y delicadezas para nuestro cuerpo, viendo lo que hace Jesús con el suyo?

Punto 2.º *Muerte desventurada del Epulón.*—Considera la muerte desventurada del Epulón, el cual, en muriendo, como dijo el Señor, fué sepultado en el infierno; de suerte que su muerte fué fin de todas sus riquezas, regalos y vanidades, y principio de las miserias, tormentos y desprecios que padece y padecerá sin fin. De esta vida no llevó cosa que tuviese, sino los vicios y pecados, que han de ser cebo de sus tormentos, verificándose en él lo que dice Job¹: «Pasan los días en deleites, y en un punto bajan al infierno»; porque aunque muriese con apariencia de muerte suave, el instante último de su vida fué principio de su pena. ¡Oh punto terrible, fin de la vida deleitable que presto se acaba, y principio de la vida miserable que nunca se ha de acabar! Si en este punto bajas al infierno, ¿de qué te servirá la soberbia? Y la jactancia de las riquezas, ¿de qué te aprovechará? Mejor es pasar los días en trabajos, y en un punto subir al cielo á gozar el premio de ellos. Pondera, para tu mayor temor, las cuatro espantosas penas que, según Jesucristo, padece este desventurado en el infierno y padecerá para siempre. La primera, de llamas que le cubren de pies á cabeza, en castigo de la vanidad y regalo de la púrpura y Holanda con que se cubría. La segunda, en la lengua, que fué instrumento de sus gustos y parlerías, abrasándole el fuego y padeciendo terrible hambre y sed rabiosa. La tercera, de envidia, viendo por revelación la buena suerte de Lázaro, que, llagado y hambriento, solía estar á la puerta de su casa despreciado. La cuarta, sumo desamparo y desprecio de todos en castigo de su crueldad; porque ni halló misericordia en Abraham, ni se le concedió la gota de agua que pedía, no mereciendo alcanzar misericordia aquel que jamás la tuvo del necesitado. ¡Oh justísimo Dios! ¡Cuán justos son vuestros juicios y cuán proporcionados vuestros castigos con nuestros pecados! ¿Cómo no temo el rigor de vuestra justicia? Libradme, Señor, de vuestras ofensas, para que no descarguen sobre mí vuestras iras; abrid los ojos de los ricos, para que escarmienten en la cabeza de éste; y abrid también los ojos de los pobres, para que no tengan envidia de los ricos. ¡Oh alma mía! Mira el resultado fatal que tiene el hombre sensual y mundano. ¿No temerás aficionarte á sus vicios? ¿De nada te arguye la conciencia que te haga semejante á este desventurado rico?

¹ Job, xxi, 13 — ² Sap., v, 8.

Punto 3.º *Justicia é inmutabilidad de las penas del Epulón.*—Estando el Epulón en el infierno, levantó los ojos, y vió á Lázaro en el seno de Abraham; y pidiendo á éste que se lo enviase para refrigerarle siquiera con una gota de agua, oyó esta respuesta: «Acuérdate que tú recibiste bienes en tu vida, y Lázaro males; y ahora muy justamente es él consolado y tú castigado; además, entre nosotros y vosotros hay un caos tan profundo, que no es posible pasar de una parte á otra». En cuyas palabras se ve primeramente la justicia de la suerte de uno y otro; porque el rico recibió bienes, y los aceptó y abrazó con sumo gusto, como premio de algunas buenas obras, y en castigo de las malas recibe ahora males y tormentos. Al contrario, Lázaro recibió en esta vida males y trabajos, abrazándolos con paciencia, y purgando con ellos las culpas en que había caído; y en premio de las buenas obras, ahora recibe grandes bienes y regalos. Coteja la suerte de estos dos hombres tan diferentes en vida y en muerte, y mira lo que escoges, porque no es posible en vida ser Epulón y en la muerte Lázaro. Reflexiona, en segundo lugar, sobre la inmutabilidad y eternidad de las penas del infierno y de la gloria del cielo, la cual se indica al decir que no hay paso de un lugar á otro; porque el decreto de Dios es irrevocable, y ni los bienaventurados jamás podrán temer la condenación, ni los condenados podrán jamás esperar la salvación, sino que dondequiera que caiga el árbol, allí quedará para siempre: ó para pudrirse con los condenados en el infierno, ó para florecer y fructificar perpetuamente con los santos en la gloria. ¡Oh Dios de tremenda Majestad! ¿Quién no temblará al ver el rigor y severidad con que castigáis á aquellos que, despreciando vuestras leyes, ponen su corazón en el mundo y en sus bienes perecederos, adorándolos como dioses? Y ¿quién no se alentará á sufrir y padecer por vuestro amor, al contemplar el premio inefable con que pagáis tales penas? ¡Oh cristiano! Piensa bien la suerte que escoges en esta vida, pues de ella depende la que te ha de caber en la otra. Si ahora llegase tu muerte, ¿estarías satisfecho de ti mismo? ¿Qué suerte te tocaría?

Epílogo y coloquios. ¡Oh fin desastroso y horrible del Epulón! Durante su vida nadaba en riquezas, sólo pensaba en regalar su cuerpo y en dar pábulo á su sensualidad con los vestidos, comidas y otros gustos. Su corazón duro le hacía apartar la vista del desgraciado mendigo; y con su mal ejemplo arrastraba á todos los de su casa á los vicios de que él adolecía. Llegó el momento fatal de la muerte, y en un abrir y cerrar de ojos se vió privado de todas sus delicias, separado de todos sus amigos, olvidado de sus admiradores, y echado de su casa por los mismos criados que le servían. En cambio, á los placeres sensuales suce-

¹ Luc., xvi, 25. — ² II Thes., 1, 9. — ³ Eccles., xi, 3.

dieron llamas abrasadoras; á la abundancia de manjares y bebidas, hambre canina y sed rabiosa; al orgullo con que despreciaba á los demás, envidia devoradora; á la compañía numerosa y jovial de sus amigos, la más horrible soledad y triste desamparo. ¡Adónde conduce la sensualidad, el amor desordenado á los placeres, el orgullo y la soberbia! La sentencia y pena de este desventurado rico, ha sido justísima, y será irrevocable, lo mismo que la del pobre Lázaro. El mismo Jesús habló de él con tal desprecio y aborrecimiento, que ni su nombre quiso tomar en sus labios. ¡Ay de ti, si sigues el camino que él siguió! Un breve gozar te conducirá á un eterno penar. ¿Qué debes resolver y hacer, en vista de esto? ¿Cómo miras los gustos del mundo? ¿Cómo se halla tu corazón respecto de los bienes terrenos? ¡Cuántas veces tu amor desordenado te ha arrastrado á cometer la culpa! ¡Cuántas veces has mirado con emulación á los favorecidos con ellos, siendo así que eran más bien dignos de compasión que de envidia! Corrige ya tus afectos; ordénalos según las enseñanzas de Jesús; y para esto, mira los propósitos que debes hacer; ora con confianza, pidiendo las gracias necesarias para ti y para los demás.

89.—CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús comiendo en casa de un fariseo, se presentó la Magdalena á pedirle perdón de sus pecados, lo cual excitó la murmuración del fariseo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús sentado á la mesa y á la Magdalena á sus pies, llorando.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la penitencia de la Magdalena.

Punto 1.º *Pecados y conversión de la Magdalena.*—Habiendo sido convidado¹ Jesús por un fariseo llamado Simón, una mujer de la ciudad, y pecadora, fué á buscarle, mientras estaba sentado á la mesa. Las calidades de esta pecadora y el llamarla con este nombre, dan á entender que sus pecados eran de sensualidad y muy arraigados y escandalosos, pues por tales pecados suele darse tal nombre á las mujeres. Pero el Evangelista no nombra la especie de estos pecados, porque, como dijo san Pablo², ni aun su nombre debe tomarse en la boca. Mas diciendo san Lucas y san Marcos³ que Cristo echó de esta misma mujer siete demonios, puede pensarse que no serían sólo estos los pecados que tenía, sino otros muchos, significados por el número de siete, y que los siete demonios que tientan de los siete pecados capitales morarían casi de asiento en ella. De lo cual has de sacar por una parte grande temor de tu flaqueza, escarmentando en la Magdalena, que por males pequeños vino á caer en gran-

¹ Luc., vii, 36. — ² Ephes., v, 3. — ³ Luc., viii, 2; Marc., xvi, 9.